

je que puede obligar hoy a que cualquier ciudadano rompa su vida y sufra en su propia piel lo que hasta entonces no era más que una leyenda del cine o de los periódicos de sucesos. Para ese rompimiento existen lógicamente condiciones previas: la soledad, la frustración, la marginación. Perdidos en las grandes ciudades (y "El amigo americano" presenta un mosaico de edificios aterradores, de ciudades hechas para destrozarse la convivencia), esos hombres buscan angustiosamente su identidad, desde el duro "cow-boy" que tiene que retratarse a sí mismo para dejarse alguna constancia de su existencia hasta esa mujer enrolada bruscamente al final de la aventura para no perder su única conexión con el mundo. Personajes clásicos del cine negro, presentados en vertientes insólitas: el amor del amigo americano y la inocente maldad del falso pintor. Una película, pues, que se abre a la lectura de distintos géneros, sin violentar ninguno, para ofrecer un producto original y sugestivo, rodado de forma admirable para que cada situación adquiera un carácter protagonista, porque cada una de ellas, en sí misma, podía dar pie a una película distinta.

Quizá el espectador se desorienta en los primeros minutos de proyección. Wim Wenders ha establecido un rompecabezas donde situaciones dispares se entrelazan al parecer sin sentido. Más tarde, sin embargo, todas esas situaciones acabarán conformando una película única por muy disparatados que parezcan sus datos. Ninguna historia ocurre ya en un solo lugar, ningún drama se vincula a un solo personaje. El juego de complicaciones que presenta Wim Wenders no es sólo una desmitificación del individualismo del héroe ofrecido por el cine norteamericano en sus películas clave; es también una reflexión sobre las relaciones que cualquier noticia de sucesos puede tener con todos los demás acontecimientos que aparezcan en el mismo periódico. Desde países distintos y con personajes opuestos se puede encontrar un nexo de unión. Ese es el que relata "El amigo americano": una unión que sintetiza múltiples puntos de vista sobre la frustración del hombre. Narrados —hay que insistir en ello— con una maestría admirable. No en vano ya venía "El amigo americano" con una justificada fama de película ejemplar, que coincide con las res-



Denis Hopper, en "El amigo americano", de Wim Wenders.

tantes que ha dirigido Wim Wenders, de quien sólo se había visto en España, y de forma fugaz, "En el curso del tiempo". Convendría, pues, una urgente revisión de esa película, junto con la importación de sus restantes títulos. ■ D. G.

TEATRO

"Medora", en el Centro Cultural

Hace unos meses —exactamente en TRIUNFO del 29 de julio— publicábamos en esta sección una referencia a la "Medora" que los alumnos de tercer curso de la Escuela Superior de Arte Dramático presentaron en el Centro. La representación tenía un importante significado, porque, al margen de sus méritos reales, respondía al propósito de producir anualmente un espectáculo que sirviera a los flamantes titulados de entrada decorosa en la profesión. El puente, ese terrible puente entre el título y el primer contrato —para hacer Dios sabe qué obra—, quedaba así traza-

do. A partir de ahí ya poco podía hacer la Escuela; a nuestro medio teatral le tocaba alimentar o asesinar las ilusiones. Pero, siquiera, el alumno ya estaba dentro de la profesión, tenía una primera experiencia, conocía en términos reales el posible conflicto entre lo que él "quería ser" en el teatro español y lo que nuestro público y nuestra cultura iban a permitirle. De añadidura, la Escuela, tantas veces menospreciada, mostraba públicamente el resultado de sus enseñanzas, los niveles de preparación técnica y cultural de sus últimos titulados.

Desde aquella representación de "Medora", celebrada en la Escuela, han pasado más de dos meses. El trabajo ha sido presentado en diversos lugares, pero es ahora, en el Centro Cultural de la Villa, donde, en cierto modo, el TTC —Taller de Tercer Curso— se la "juega" ante el público, es decir, gana o pierde la partida para la que ha sido creado. El problema está en que, en principio, ni la sala pequeña del Centro Cultural, ni la presencia de un clásico, ni la juventud de la compañía, ni la frialdad de la mayor parte de las páginas teatrales —para las que cuenta infinitamente más, pongamos por caso, el estreno de una deleznable comedia por Arturo Fernández— ayudan a que el propósito se cumpla con holgura. ¿Qué público hay hoy en Madrid dispuesto a ver la "Medora" de Lope de Rueda montada por un equipo de profesores de la Escuela e interpretada por los alumnos del último curso?

La pregunta es más seria de lo que parece. Porque si, hasta cierto punto, es normal que al público conservador, o incluso al público llano, más o menos dirigido por la publicidad, la "Medora" le tenga sin cuidado, creo también que un país medianamente serio en materia cultural debería contar con un sector amplio interesado en calificar el trabajo, tanto en atención a quienes lo hacen como por tratarse de un autor largamente admirado en los manuales de literatura y escasísimamente representado. Si ese sector no existiera, la conclusión sólo podría ser que no llegamos a esa mediana seriedad.

Exige "Medora", por encima de todo —y supongo que esa debe ser una de las razones de su elección por José Estruch, profesor de la Escuela— actores de una gran disciplina corporal, que alegren y sostengan un es-

pectáculo falto de muchas de las que luego han sido normas de la comedia burguesa. Teatro de lo inmediato, de la situación presente, con una gracia directa, nos sitúa ante una poética singular, que debe ser asimismo resuelta con un juego escénico propio.

Desde el 39 —atrás quedaba truncado el esfuerzo de Lorca por rejuvenecer a los clásicos en las giras de La Barraca— puede decirse que en nuestro país, pese a dedicar durante años el Español a la representación de los clásicos, sólo excepcionalmente se han montado sin caer en la rutina. Ni han sido investigarse sus significaciones —único modo de acercarse la obra a nuestro tiempo— ni se han resuelto muchos de los problemas puramente técnicos que planteaban. De esta "Medora" —dirigida por José Estruch, con la colaboración de varios profesores, cada uno en la materia que le es propia— podría decirse todo menos que es rutinaria. El acostumbrado tono de ilustración cultural se sustituye por la búsqueda de la gracia y la vitalidad de una comedia primaria y popular, de cuando Lope de Rueda era aún autor vivo y comediante en lugar de escritor ilustre y muy raramente representado. ■ JOSE MONLEON.

La temporada de la sala Cadarsó

La Cadarsó ha dado a conocer su programa, que ofrece novedades importantes en relación con las anteriores temporadas. La primera de ellas es que el Centro Cultural La Corrala, en cuyo marco legal se han desarrollado las actividades de la sala, estará integrado a partir de ahora por tres equipos: la Cadarsó, el Grupo Teatro Libre y el Grupo Internacional de Teatro (GIT). Las razones de la unión parecen claras. Ni la Cadarsó ha sido nunca una simple sala teatral ni los dos grupos citados se han limitado a hacer obras que pudieran atraer al público. En los tres casos existe un mismo compromiso cultural, la misma búsqueda de un público popular, la misma orientación crítica, idéntica voluntad de integrarse en un movimiento que transforme los términos sociales y económicos del